

CAPÍTULO V

FISONOMÍA Y ACCIÓN

Toda la persona del orador debe hablar. Con el atractivo de la voz, pureza de acento, claridad de pronunciación, bellezas de elocución, exactitud y vigor al declamar, agrada al oído. Mas considere que no habla á ciegos. Los oyentes tienen ojos á quienes cabe su parte de satisfacción, que no les faltará siempre que los movimientos del cuerpo armonicen con la palabra.

Sin emitir sonido, puede el hombre hablar con los variados juegos de su fisonomía, indicaciones, llamamientos y repulsiones de su acción. Este lenguaje, imperfecto en sí mismo, tiene el maravilloso poder de perfeccionar la palabra, vivificarla, darle expresión, introducirla en el alma por los ojos, á la vez que penetra por los oídos. En el punto de encuentro, llega á su auge de poder y completa su triunfo.

Podrán convenir fisonomía impasible y cuerpo inmóvil á la lectura pública, que tan sólo se dirige á los oídos; mas la recitación, y sobre todo el dis-

curso, exigen perfecta armonía de todos nuestros medios oratorios.

Hase dicho que Bourdaloue predicaba con los ojos cerrados, y no accionaba. Para deshacer tan ridícula patraña, á parte el testimonio de sus admiradores y la avidez con que la gente se agolpaba á su predicación, que «aquello era morir-se» en expresión de la marquesa de Sevigné, basta leer algunos discursos de aquel célebre orador. Hay tal movimiento y vida en su argumentación, que es imposible no suponer lo propio en toda su persona (1).

Penetraos de esta verdad: la fisonomía y el accionado son tan inherentes á la palabra pública, que no hay manera de separarlos ó ponerlos en desacuerdo sin perjuicio del efecto oratorio. Hablad, pues, con la expresión del semblante y movimiento armónico del cuerpo.

Para poner en escena al personaje á quien representan, suelen los cómicos disfrazar su rostro. Vosotros no lo necesitáis; asumís en vuestra persona el nombre y representación de Dios. Vuestra propia cara os basta y es muy á propósito, expresad con ella las nobles y santas pasiones de vuestra alma de apóstol. Ya os he dicho con Buffón:

(1) Véase lib. I, cap. v de esta obra.

«Todo el semblante es cuadro vivo en que con tanta delicadeza como energía se destacan las pasiones, y cada movimiento del alma se expresa por un rasgo, cada afecto por un signo cuya impresión, viva y pronta, adelantándose á la voluntad, nos denuncia y patentiza nuestras internas agitaciones.»

Notad, sin embargo, que hay fisonomías más ó menos adaptadas á la expresión de las pasiones oratorias. Si la vuestra es de sumo insensible y fría, tratad de flexibilizarla y acomodarla á los impulsos del alma ganosa de mostrarse oportunamente convencida, ardiente, imperiosa, tierna, compasiva, celosa por la gloria de Dios y salvación de los hombres. Si, por el contrario, es en exceso viva y jovial, imponedle la gravedad santa propia de un embajador de Dios. Si es demasiado móvil, evitad las múltiples y violentas contracciones que hacen del rostro un conjunto de visajes. Veintidós pares de músculos hay en la cara, con más el músculo labial; si todos á una se agitan, resultaréis ridículos, grotescos, horribles. No se diga de vosotros lo que oí de cierto predicador exagerado en contracciones: «¡Vaya un mono!»

Regla general: las facciones del orador, máxime sagrado, han de mantenerse graves y serias en su totalidad, y concentrarse todas las pasiones en ojos y en labios. En la tristeza, dolor y compa-

sión, bájense ligeramente los párpados, los ojos suelen arrasarse de lágrimas, y los labios se dilatan, formando un surco á cada lado de la boca. En el gozo, admiración y ternura, los ojos brillan, entreábreanse los labios, y la boca sonríe. En la indignación, ira, increpación y amenaza, los ojos centellean, y los labios trémulos apenas pueden contener la afluencia de palabras. En la interpelación é interrogación, imprégñanse los ojos de luz y de electricidad, cual si quisieran entrar en el alma de los oyentes, mientras los labios vivamente agitados reclaman pronta respuesta. En el ruego, elévanse los ojos al cielo, ó fíjanse con amor en el tabernáculo, ó en alguna santa imagen, y entreabierta la boca y piadosamente extendidos hacia adelante los labios, parece como que esperan el beso de la liberal bondad de Dios y de su infinita misericordia. — ¡A cuántas otras expresiones se presta ese doble juego de ojos y labios! En él se distinguieron Berryer y el P. Lacordaire.

Pero ante todo y sobre todo, naturalidad. No preparéis de antemano, con estudiados melindres las expresiones de vuestra fisonomía, que es cosa de afeminados; persuadíos que el reflejo espontáneo y directo de vuestras impresiones, pasiones y sentimientos en el semblante, es el único capaz de daros palabra animada y agradable á la vista, y juntamente fisonomía simpática, que compense en

alto grado las irregularidades que afean pudieran vuestro rostro.

Por viva y halagüeña que sea la expresión del semblante, hablando en público, fáltale complemento si el cuerpo no se mueve; aunque esto me parece imposible, ya que la excitación del alma que anima las facciones tiene que sentirse en todos los miembros. El juego de la fisonomía tiende á completarse por el accionado.

Hay tratados sobre esta materia, y algunos tengo á la vista. Si los queréis estudiar, hallaréis copiosa nomenclatura y numerosas definiciones divididas en dos clases: accionado simple y compuesto.

Entran en la primera: *el indicativo* de frente, oblicuo, horizontal, hacia el cielo y hacia la tierra; *el demostrativo, conclusivo, generalizador, interrogativo, responsivo, invocativo, repulsivo, exclamativo, persuasivo, afirmativo y negativo.*

En la segunda: *pintoresco, descriptivo, afirmativo de imposición y de autoridad, operativo, configurativo, afectivo pintoresco ó antitético, pronóstico, repulsivo compuesto y negativo compuesto.*

Todos esos géneros van aplicados á ejemplos y representados por figuras que os los ponen en claro. Admiro el espíritu de observación, ingenio-

sidad y talento de quienes han compuesto esos tratados; pero he de advertiros que, si pretendéis ateneros á ellos en todo, os veréis en un laberinto, y si queréis reproducir exactamente las figuras que contienen, harto será que no déis en ridículos.

Para no aherrojar vuestra naturaleza y temperamento oratorio en una meticulosa é incómoda teoría, me limitaré á indicaros algunas reglas generales que, observadas, corregirán los defectos que pudiere haber en la espontaneidad de vuestros movimientos, y harán vuestra acción fácil y agradable, aun cuando no seáis artistas consumados.

Comenzad por sosteneros bien sobre las piernas, de modo que el cuerpo esté á plomo y el juego de los brazos no le haga oscilar á una y otra parte. Ha de mantenerse derecho, aunque no rígido, y no perder nada de su talla. Nada más feo que verle á cada momento bajarse, levantarse, balancearse y retroceder. Toda la persona del predicador pierde, con esa multiplicidad de meneos, la imponente gravedad que pide su sagrado ministerio. Sólo en los momentos en que es más viva y apremiante la comunicación con el auditorio, y la pasión se expresa con más energía, rompe filas el cuerpo, y toma parte en el movimiento general. En pláticas é instrucciones familiares, la acción debe ser más moderada.

Al empezar el discurso, apoyad ligeramente las manos en el púlpito y no pongáis en acción los brazos hasta que les llegue tiempo. Figúranse los predicadores noveles que para accionar basta mover los brazos de cualquier manera; y bracean á derecha é izquierda, atrás y adelante, arriba y abajo, sin saberse por qué. En vez de dar relieve á la palabra, perjudican á su audición. A personas piadosas é inteligentes he oído decir que tenían que cerrar los ojos para escuchar á ciertos oradores de talento, so pena de distraerse con la intemperancia ó torpeza de su accionado.

Para ser este verdaderamente oratorio, debe ir en armonía con la palabra, y, como queda dicho, introducirla en el alma por los ojos, mientras que ella penetra por los oídos, para que dándole, en el punto de encuentro, su mayor poder, concorra á su triunfo. Por ejemplo, si os dirijís *ex professo* al auditorio, le interrogáis, instáis, exhortáis, animáis, reprendéis, amenazáis, á él naturalmente han de dirigirse los brazos. Mas notad que, en tal caso, la posición de las manos no ha de ser siempre la misma. Exponéis una verdad clara y obvia: presentad la palma de la mano hacia el oyente, cual páginas de un libro para que lea. Queréis explicar algo difícil: volvedla hacia vuestro rostro, cual si con ojo avizor buscarais el nudo de la dificultad. Desarrolláis un

argumento: colocada horizontalmente se vuelve hacia arriba como para apoyar y sostener cada una de las razones que exponéis, y al imponer las conclusiones, se vuelve hacia abajo y pesa sobre la cabeza de vuestros oyentes. Queréis expresar acumulación, unión, encuentro: se vuelven y acercan las palmas de una á otra. Dividís, separáis, repudiáis: se vuelven hacia fuera, y se alejan entre sí. A esto llamaba el profesor Delsarte, en una de sus originales lecciones, *cubo del accionado*. Hay otra multitud de movimientos de brazos y manos para denotar piadosa veneración, respeto profundo, convicción, noble confianza, esperanza, deseos, temor, indignación, horror, santas expansiones de la caridad: y en una palabra, todas las impresiones, pasiones y sentimientos de una alma apostólica. No me detendré á describirlos, ya que el sentido común, el buen gusto, la observación y el ejercicio os los enseñarán, y el hábito los fijará en vuestra acción oratoria. Baste por todo una sencilla advertencia: la acción ha de expresar siempre algo, expresarlo con motivo y de perfecto acuerdo con la palabra.

El mecanismo de la acción tiene sus reglas, que quiero retengáis.

En primer término, no se debe accionar, generalmente, sino con el antebrazo. El movimiento

del brazo es excepcional para ocasión en que grandes imágenes y fuertes pasiones exijan mayor amplitud de la acción oratoria; y aun entonces ha de evitarse la exageración al extender los brazos, y sobre todo no elevarlos cuan largos son, por encima de la cabeza, dando al auditorio el triste espectáculo de un hombre que se ahoga. Cuando los extendáis en cruz á manera de orantes, cuidado de no ponerlos tiesos, sino siempre ligeramente cimbrados.

Es la acción curva de lo más agradable á la vista. No accionéis, pues, en línea recta, ni describáis, con vuestros movimientos, ángulos más ó menos abiertos. Parta vuestra acción del borde del púlpito, del pecho, de los hombros ó de la cabeza; redondeadla siempre, ya se dirija arriba, abajo, adelante ó del lado; y así le daréis flexibilidad, gracia, elegancia y belleza.

Mas por redondeada que salga la acción, será ingrata, si el apéndice del brazo no corresponde.

Atended á las manos; abridlas. No vale el puño ni los dedos encorvados en la acción oratoria. Sin embargo, al extender la mano, no separéis los dedos, ni tampoco los tengáis pegados entre sí; estén tan unidos, que á nadie se ocurra contarlos; y tan distantes, que puedan moverse con holgura. La mano tiene acciones peculiares. El ademán del índice, doblando todos los demás

contra la palma, es muy enérgico y expresivo como acción de ataque ó de llamamiento; pero no hay que abusar; si se repite con frecuencia y sin propósito, pierde toda significación. La mano trémula y vibrante da realce á un período conmovedor; mas el temblor continuo sólo sirve para excitar en los oyentes lástima del hombre débil ó miedoso que les arenga.

No siempre los movimientos de cabeza, ojos y brazos deben seguir igual marcha. Conviene utilizar lo que pudiera llamarse *contrastes de la acción*. En la súplica, pongo por caso, más piedad reviste la adoración inclinando la cabeza sobre las manos juntas y derechas, que si manos y cabeza se inclinasen á la vez. Más expresiva es la invocación cuando, elevados los ojos con ardor al Cielo, se dejan caer los brazos, que si brazos y ojos siguen idéntico movimiento de ascensión. El menosprecio, repulsa y horror aparecen más profundos en el movimiento de la cabeza que se vuelve del punto á do tienden los brazos, que en el movimiento que lleva cabeza y brazos hacia el mismo lado.

Y ahora, sea cualquiera vuestro accionado, os encargo sobriedad. La acción exuberante, no menos que la torpe, resulta fastidiosa. En la acción del cuerpo es preferible pecar por carta de menos. Y aún en casos convendrá sacrificar tal

cual acción, para dar realce á otra más importante en que prorrumpe alguna pasión hábilmente continuada.

No sólo debe ser sobria la acción, sino también silenciosa, hablando sólo á los ojos. Patear, convertir el púlpito en bombo, el pecho en tambor, las manos en platillos, son torpezas que estorban á la audición, é inconveniencias que un auditorio bien educado no perdona.

Tengo oído y leído que la acción, siempre ha de acompañar á la palabra, y nunca precederla ni seguirla. No estoy por eso. Comúnmente la acción subraya la palabra, pero puede anunciarla y hacerla presentir con maestría.

Ademanes hay silenciosos, á cuya vista el atento auditorio se pregunta: «¿Qué nos irá á decir?» Así como, tras de brillante párrafo, una acción vehemente concluye su efecto y da á la emoción el golpe de gracia.

Tales son las reglas generales de accionado. Meditadlas, y aprended de los más competentes su aplicación. Os he aconsejado que observéis á las personas distinguidas en la conversación familiar; observad á los buenos oradores cuando hablan en público, notad en su accionar lo que os parezca más natural y expresivo, para acomodároslo. Pero repito, lo mejor es que desde un principio os ejercitéis en la acción.

Hay, á mi ver, sobre este punto, espantosa indiferencia en la educación de los jóvenes religiosos y seminaristas. Se mira mucho más á la solidez del discurso que á la manera de decirlo; en la lectura de disertaciones y en los ejercicios de predicación, con más cuidado se critican las cualidades de pensamiento y estilo, que las imperfecciones de la voz, pronunciación, elocución, tono oratorio, modo de presentarse, juego de la fisonomía y de la acción. Sin embargo, los educadores de la juventud no ignoran que la defectuosa declamación de un discurso puede hacer perder á un hombre inteligente todo el fruto de su trabajo.

Claro es que el apóstol no debe preocuparse en demasía de la acción oratoria; mas tampoco le es lícito descuidarla, toda vez que el arte de bien decir es medio de fijar la atención y conquistar las simpatías de un auditorio. No hemos de ser émulos de artistas dramáticos y comediantes; pero fiarlo todo á la gracia de Dios, con execrables recursos oratorios, fuera irreverente y temerario. El respeto debido á la palabra santa nos impone deber de corregirnos de los defectos que la adulteran.

Oigan, los aficionados á gritar y moverse demasiado, el buen consejo de Shakespeare: «Dirás este pasaje en la forma que te lo he declamado yo: con soltura de lengua no con voz desen-

tonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; más valdría entonces dar mis versos al pregonero, para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire; moderación en todo, puesto que aún en el torrente, la tempestad, y por mejor decir el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresión» (1).

A esta plácida moderación quiero que os atengáis. Si el estudio de las reglas y ejercicios preparatorios no os hacen artistas eminentes, al menos no exhibiréis, hablando en público, sino lo bueno de vuestra naturaleza: voz bien regulada, clara pronunciación, dicción agradable, tono apropiado, fisonomía simpática y accionado espontáneo y original, mejor que todas las pantomimas copiadas y acicaladas; en fin, todo lo necesario para agradecer, sin perder de vista la importancia, alteza y santidad de vuestro divino ministerio.

(1) HAMLET, acto III, escena II. (Traducción de Moratín).